

Madrid

O. Completas, tomo VI

5-185



EL MEGATERIO REDIVIVO

HABLABA, una vez más, con un paisano mío de la cuestión del vascuence; surgió lo de la personalidad colectiva, y una vez más tuvo que decirle que es precisamente para que se desarrolle y afirme la personalidad colectiva vasca, para que el pueblo vasco pueda desenvolver su carácter, para lo que es preciso que llegue a expresarse, es decir, á pensar en una lengua histórica y de cultura, que no lo ha sido ni lo es, ni menos puede llegar á serlo, el vascuence.

Pretender sujetar el alma de un pueblo que ha entrado en la Historia dentro de la armadura ó dermatoesqueleto — como el de un cangrejo ó una langosta —, algo así como en estado de larva perpetua, es como meterle á un niño de diez años en una rígida armadura de pies á cabeza y no quitársela ya. ¿Es posible que semejante niño llegase sano á edad madura, si es que llegaba á ella?

Nótese, además, que el alma de un pueblo, como la de cada uno de los individuos que lo componen, no es algo estático y fijo, no es una estatua de bronce, piedra ó madera muerta, con su gesto, ademán y expresión fijados ya para siempre, sino que es algo vivo y cambiante. Y la tradición en ella es como el esqueleto ú osamenta, que debe estar dentro, bien cubierto por la carne, y no fuera, como en el cangrejo, oprimiendo esa carne. Y hasta el esqueleto, ó sea la tradición, cambia y se modifica. Y cuando deja de cambiar, es que el organismo ha llegado ya al colmo de su desarrollo y empieza á declinar. La declinación, la decadencia de los seres vivos es un proceso de osificación, es decir, de tradicionalización. Y hasta hay pueblos, por culpa de su tradición, ¡jorobados!

El alma vasca se ha revelado históricamente en castellano ó en francés, lo mismo que el alma irlandesa en inglés, y no en el viejo idioma céltico, que agoniza en un rincón de Irlanda; el alma escocesa también en inglés — en el de Burns y Walter Scott y tantos otros —, y el alma bretona en francés — en el francés de Chateaubriand, de Lamennais, de Renan, de Brizeux, bretones, más ó menos puros, los cuatro —, y no en el viejo bretón céltico, que también agoniza. Y no le falta razón á Elie Faure cuando en su libro, *La Sainte Face*, hablando de la *jandumiidi* — *gent au midi*, gente del mediodía (de Francia) —, escribe: «Pagas el histrionismo de uno de tus poetas locales, al que dicen genial — lo que me guardo de contradecir porque no entiendo su patuá —, que intentó galvanizar á grandes golpes de diccionario una lengua en catalepsia y embalsamar á su provincia viva so pretexto de animarla. Pagas tu falta de memoria y tu falta de orgullo, porque Montaigne y Pascal, que habían mamado la lengua de oc, escribieron en francés, creo, en un tiempo en que la lengua de oc podía, sin embargo, ofrecer á su hambre otros huesos, otra leche, otros músculos que en los tiempos menos alejados de nosotros en que forjó patuá (*patoisa*) el bardo de Chamberg, y entraron en la nueva ciudad con paso de conquistadores.» Y dejemos lo del catalán, que es, desgraciadamente, otro problema.

Cuando yo le decía á mi amigo y paisano lo de que el alma bretona se conoce, no por nadie que haya escrito en el viejo bretón bretonante, sino por Brizeux y Renan y Lamennais y Chateaubriand y otros bretones que en francés han escrito, me decía: «—Pero no se sabe que son bretones.» Sábase, sí, y muy bien. Por lo que á Brizeux hace, sus poemas en francés *María, Los bretones, Historias poéticas*, de asunto bretón son, como son de asunto vascongado las más de las poesías y los cuentos de Trueba y las novelas de Navarro Villoslada y las de Arturo Campión y muchas de Pío Baroja y de otros. Y en todo caso, si el temor es que

no se sepa cuando escribimos los vascos que somos vascos los que escribimos, cabe un remedio, y es que al frente de todos nuestros escritos pongamos: «traducido del vascuence», y esto hasta cuando se olvide y pierda por completo, ó que después de nuestras sendas firmas añadamos siempre: vasco. Con lo que se verá claro que no es el alma, sino el nombre, lo que tratamos de salvar.

Esto es lo trágico; que no es el alma colectiva, sino el nombre, nada más que el nombre, lo que se trata de salvar. Es una enorme y hueca vanidad colectiva de pueblo que se cree noble en el sentido triste y pobre de los que tienen pergaminos de eso que se llama nobleza titular.

Ved si no esa inmensa ridiculez de escribir en español una no vela ó una zarzuela con título en vascuence, ó de clavetear de palabras eusquéricas un diálogo escrito en español, y que se supone traducido del vascuence. ¿Y qué diremos de esa grotesca y miserable ocurrencia de llamar *Euzkadi* á lo que en español se puede llamar Vasconia, en vascuence se llamó siempre Euscalerría y en ninguna habla se llamó nunca *Euzkadi*? Terminacho espurio y disparatadísimo que, forjado con un sufijo — *adi*, que otras veces aparece *di* (Lizardi), *ti* (Aresti, Urresti), y otras *dia* —, que se encuentra en nombres de arboledas y cosas así, parece querer decir que los tales *euzkos* se tienen por árboles, no sabemos de qué clase. Es como si al pueblo español le llamáramos la *españolada*, al modo de *pereda*, *nobleza*, *manzaneda*, *saucedada*, *pinada*, *aliseda*, *fredada*, etc. La cosa es salvar el nombre, y aunque para ello haya que matar el espíritu. Que están matando el espíritu vasco — el de Legazpi y Urdañeta, el de Elcano, el de Garay ó Irala, el de Pero López, de Ayala, el de Íñigo de Loyola y el del abate de Saint-Cyran, el de Francisco Javier, el de Zumalacárregui, el de Belsunce, el de Harispe, el de tantos otros — con esos despropósitos antihistóricos y ese empeño de dermatoesqueletizarnos en una coraza no ya medioeval, sino troglodítica.

Y si eso fuera vivo... ¡Ah, si fuera vivo! ¡Qué renovación entonces! Porque lo más nuevo que se nos podría ofrecer hoy sería un mamut ó un megaterio ó un iguanodonte ó un rinoceronte lanudo vivos, enteramente vivos, vivos y coleando. Junto á un megaterio vivo, ¿qué serían un tanque ó un gotha? ¿Qué valdría un zepelín junto á un gigantesco saurio volante de los tiempos antediluvianos que se nos presentara en los aires? Indudablemente, no habría novedad como un mamut vivo. El porvenir sería de él. ¡Y lo que se podría hacer con ellos! ¡Lo que para la guerra podría servir una buena tropa de megaterios adiestrados!

Pues bien, resucitar un megaterio es más fácil que resucitar el vascuence como lengua histórica y de cultura. Lo que cabe es reconstruirlo, como en un museo, y embalsamarlo y conservarlo así. Como el sánscrito ó el griego antiguo ó el zendo ó el godo de Ulfilas.

¡El nombre! Ya no se defiende más que el nombre, aun á costa

del alma. La preocupación mayor de los condenados del Infierno del Dante es lo que se dice de ellos en la tierra, y si se les recuerda, es el nombre.

Acaso en el mundo de ultratumba, en el cielo de la gloria eterna, sobre el que vuelan enormes monstruos antediluvianos, y que es á modo de una Exposición Universal y Eterna, entre el pabellón de España y el de Francia, y no dentro de ninguno de ellos, habrá un pabelloncito que dirá: *Euzkadi*. Y allí estará por siempre, con su ka y todo, ese pabelloncito en el que los *euzkos* cantarán en vascuence eternas loas á Jaungoikoa, que no á Dios, por los siglos de los siglos.

Y en tanto, osificase en tonterías tradicionalistas el antes siempre tan verde y flexible espíritu vasco.

NOTAS DE ARTE



Admirable retrato del poeta sevillano José Muñoz San Román, hecho por el notable pintor, también sevillano, Alfonso Grosso, cuya obra está mereciendo entusiastas elogios de la crítica.

Miguel de Unamuno